

LAS TRES GUERRAS

del hambre y de la miseria y la opresión frente a los despiadados países ricos. Para considerarlo así hay que hacer una gran abstracción, un gran distanciamiento con respecto a los datos inmediatos. Hay que hablar en términos muy generales: de las razones del mundo islámico para recuperar su identidad perdida y maltrecha, de las de Latinoamérica para conquistar una independencia real. Pero para ello hay que colocarse muy por encima de la situación inmediata: del régimen argentino, de los desmanes de Jomeini, de la ferocidad de Begin, de la manipulación y la dictadura de Sadm Hussein, de las irregularidades del Líbano. Por encima de la lucha entre los jeques y sus pueblos, o de los dictadores latinoamericanos y los suyos. La idea de que todo movimiento procedente del tercer mundo es justo y razonable es muy difícil de mantener. Si por algunas razones se excluye el terrorismo, por otras hay que excluir la agresión fascista.

La caída de las Malvinas y el efecto desmoronador que esto ha producido sobre la Junta Militar argentina vuelven a dar un sentido a lo que en un principio se calificó como guerra estúpida. Hay pocas dudas de que la utilización patriótica del tema de las Malvinas no es más que una trampa de la Junta Militar. Todo el que tenga todavía recuerdos —los nuevos tiempos tratan de borrar los antiguos— sabe perfectamente cómo el fascismo español utilizó el tema de la exclusión de las Naciones Unidas o el de Gibraltar para cimentarse a sí misma. Es el mismo esquema el que puede aplicarse en esta ocasión. Sólo que Franco fue siempre mucho más prudente, y le tenía un miedo pavoroso al extranjero —se lo tuvo cuando el extranjero eran Italia y Alemania y cuando fueron los Estados Unidos— y no trataba de llevar la exaltación patriótica a un punto sin regreso. Galtieri no aprendió la lección. Galtieri es tan mal político como mal militar: sólo ha podido gobernar al país, como sus inmediatos antecesores, por el terror y la muerte; sólo ha podido intentar hacerle trascender mediante un golpe de mano. Nunca supo calcular la fuerza del enemigo que provocaba. Podría decirse que no lo supo del todo hasta que tuvo en sus manos el mensaje del general Menéndez comunicándole que no podía resistir más. Y, naturalmente, lo de «hasta la muerte» no es felizmente más que una frase retórica.

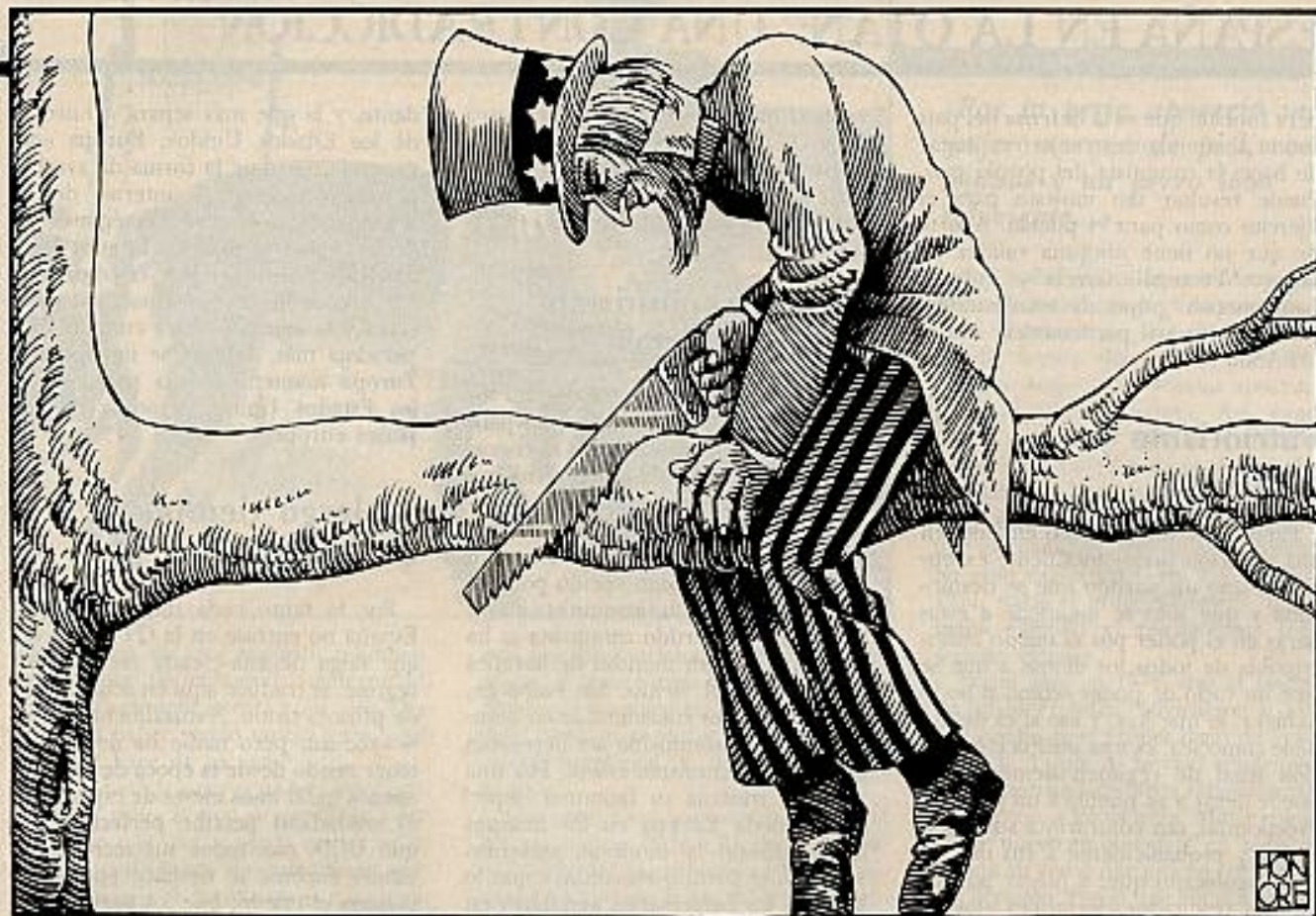
Lo que Galtieri parecía estar provocando —y sus compañeros de Junta y de Ejército aunque le eligiesen a él sólo y a su nombre para que cargase

con la culpa y tratar ellos de seguir ejerciendo el poder— era una especie de respuesta latinoamericana de carácter fascista, o, dicho con algún eufemismo, populista. Era un cálculo genuinamente estúpido, como todo lo que ha provocado esta situación: el de unos regímenes fundamentalmente anticomunistas y al mismo tiempo con un cierto sabor de reivindicaciones populares y nacionalistas pudieran encontrar un apoyo amplio en Estados Unidos. Serían una alternativa a las «otras revoluciones» —Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Cuba—; podrían desbancarlas. Galtieri no ocultó nunca en sus proclamas el asombro que le provocó la reacción de Estados Unidos al ponerse al lado de Gran Bretaña. No fue capaz de ver que lo que estaba inventando lo había inventado ya Perú y no había funcionado; y que lo que los Estados Unidos prefieren es, claramente ninguna revolución. Si el ejemplo argentino hubiera cundido, un sobresalto de reivindicaciones nacionalistas de todo tipo habría estremecido al continente. La prontitud con que Nicaragua y Cuba, y desde luego la Unión Soviética, corrieron a apoyar las reivindicaciones argentinas y su acto militar mostraron en seguida al verdadero fondo de la situación. Completado con la prudencia de las otras naciones del Continente, con la equívoca declaración de la reunión de ministros de Asuntos Exteriores de los países «no alineados» en La Habana, muchos de los cuales negaron su apoyo a la Argentina.

Los que ganan

Parece que los dos vencedores claros de este episodio son los Estados Unidos y la Unión Soviética. Reagan se precipitó sobre el tema para mostrar su atlantismo, su fidelidad a la OTAN, su aspiración a ser primo de la reina: eran las vísperas de su viaje a Europa, y su postura le sirvió de alfombra roja al pie del avión presidencial (aunque, finalmente, se encontrase con las reticencias de siempre). La pérdida de imagen ante los países latinoamericanos le importaba menos: sabe de sobra que la tiene mala en los pueblos, y que los dirigentes no van a cambiar su alianza de la que reciben, entre otros beneficios, el de permanecer en el poder. Y la Unión Soviética, a su vez, volvía a erigirse como defensora de los países subdesarrollados, como enemiga del colonialismo y el imperialismo: volvía a renovar su antigua oferta que nunca ha cumplido enteramente de luchar al lado de los parias de esta tierra. ■ E.H.T.

LA entrada de España en la OTAN se ha producido en uno de los momentos menos oportunos: por la situación del mundo al que se incorpora oficialmente nuestro país, y por la situación interna. Coincide con una elevación de la tensión mundial y con unas guerras en marcha; cualquier analista internacional sabe que estamos más cerca de la guerra mundial que antes (lo cual no quiere decir que sea inevitable, ni mucho menos) y con la correspondiente ofensiva contraria, la del pacifismo. Algunos estrategas indican que la entrada de España ayuda a resolver un cierto problema de desarme: Reagan estaría más dispuesto que antes a tratar con Brejnev de la supresión de los «euromisiles» que tanto preocupan a la URSS y que los países europeos en que estarían instalados miran con mucho recelo en vista de que la «plataforma española», en una retaguardia de las fronteras que se consideran en principio como línea de frente en caso de una guerra, podría albergar un armamento mayor y una capacidad de respuesta inmediata. No es una opinión tranquilizadora. La idea de que España aumente su personalidad guerrera y armamentista para que las otras naciones de Europa puedan reducir sus riesgos es más bien repugnante: por lo menos, desde un punto de vista español. La inoportunidad de la entrada en la OTAN se subraya, también, por la naturaleza de la guerra que se combatían en ese momento, y que en ningún caso han llegado a un final resolutorio, sino que plantean una serie creciente de problemas, dificulta también la política exterior española. Esta política exterior se viene elaborando, desde los primeros tiempos del franquismo y sin ningún cambio hasta ahora —más bien todo lo contrario— sobre la amistad de España con dos bloques de países: los latinoamericanos por una parte, los árabes por otro. España ha entrado en la OTAN cuando ésta, al enfrentarse con Argentina y apoyar a Gran Bretaña, marcaba una posición contundente y clara que España no podía seguir; y cuando la agresión de Israel al Líbano, sostenida y defendida por la cabeza de Occidente, significaba un nuevo alejamiento del mundo islámico y de los países árabes. Calvo-Sotelo trató, en la sesión solemne en que España se incorporaba, de convertir en útil la situación embarazosa de España, al decir que en estos casos nuestro país, desde dentro de la OTAN, podría servir de mediador. Ese servicio podría haber sido realmente



ESPAÑA EN LA OTAN: UNA CONTRADICCION

JUAN ALDEBARAN

planteado desde fuera, y no desde dentro de una organización militar que tiene sus planes y sus opciones perfectamente claras. Y aun así, España no tiene ahora la calidad ni la fuerza para mediar en conflictos donde otros mediadores no han conseguido nada a pesar de sus altas representaciones internacionales.

Ruptura de neutralidad

La situación nacional tampoco parece propicia para este paso decisivo, que supone nada menos que romper una tradición de neutralidad que se ha mantenido en las dos grandes guerras europeas; en la primera bajo los gobiernos de Alfonso XIII y en la segunda bajo los de Franco. Es una situación endeble. El presidente del Gobierno se ha mostrado muy ufano de haber conseguido lo que prometió hace año y medio, como si fuese una cuestión personal. Calvo-Sotelo llegó

al poder al día siguiente de un golpe de Estado que no había sido enteramente liquidado, sino solamente reconocido y sigue en él cuando las sentencias por ese mismo golpe le han parecido a él mismo tan poco concluyentes que unos minutos después de ser anunciadas las descalificaba ya y anunciaba el recurso ante el Supremo, cometiendo incluso el error político y jurídico de decir al mismo tiempo que no conocía su texto. Se sabe que poco después ha habido incidentes en el Consejo Supremo de Justicia Militar, y una carta de los defensores al Rey, y un cierto malestar entre muchas personas del estamento militar y civiles afines. Lo que se quiere decir con todo esto es que el Gobierno presidido por Calvo-Sotelo ha gobernado durante un tiempo que puede calificarse de psicológicamente excepcional —aunque no constitucional ni jurídicamente— en el que toda la política ha estado como sonada por aquel golpe y sus consecuencias. No es ajeno a todo ello —sino

más bien consecuencia— que el propio partido de gobierno esté moral y materialmente desecho: roto por dentro, y cada vez más insignificante por fuera. No es tampoco ajeno que el partido más a la derecha de las Cortes —el de Fraga Iribarne— haya recuperado posiciones; que el socialista se haya vuelto de una prudencia extrema y que el comunista esté estallando por todas partes. Las defensas verbales, las tergiversaciones lingüísticas en que se apoya la política española desde hace muchos años —y en todos los partidos— apenas tienen ya validez ante una situación real y una decisiva incredulidad del elector y del ciudadano en general. No es posible articular la cuestión de la entrada en la OTAN sobre dos medidas diferentes: una, ofrecérselo al Ejército para que canalice por esa vía su profesionalidad, su vocación política anticomunista, su abrazo de los más antiguos valores occidentales; otra, ofrecérselo al país como una manera de «entretener» al Ejército, de desviarlo hacia su verda-

dera función que es la defensa del país frente al enemigo extranjero en lugar de hacia la conquista del propio país. Puede resultar tan molesto para el Ejército como para el pueblo. Aparte de que no tiene ninguna validez de seguro: Portugal, Grecia y Turquía han conocido golpes de estado militares durante su permanencia en la OTAN.

Patriotismo y pacifismo

Parece que un gobierno endeble en una situación psicológicamente excepcional, que un partido que se desmorona y que sólo se mantiene a estas horas en el poder por el miedo indescriptible de todos los demás a que se cree un vacío de poder —como si no lo hubiera: lo que hay, y eso si es defendible como sea, es una institucionalización legal de régimen democrático— puede llevar a su pueblo a un paso tan excepcional, tan contrario a sus tradiciones y probablemente a sus deseos. Es un gobierno que, a juzgar por los últimos resultados electorales —los de Andalucía— y por las encuestas de opinión pública no es ya representativo de una mayoría de opinión: lo fue, y no lo es. El país ha cambiado.

Pero Calvo-Sotelo puede tener una cierta razón al mostrar que no hay una oposición válida: ni en el Parlamento ni en la calle. En los otros países europeos el pacifismo es una manifestación ya casi continua: ha alcanzado a Nueva York. Hay una decisión muy clara en los pueblos de Occidente en que se reduzcan como sea los riesgos de guerra y la política de rearme. El propio Reagan lo ha comprobado durante su reciente viaje por Europa. Esta presión popular tiene el efecto inmediato de hacer reflexionar a gobernantes y a políticos que dependen de unas elecciones libres y abiertas. En España no ha existido nada de eso. Las manifestaciones contra la OTAN han sido escasas, desnutridas, y muy poco representativas; los movimientos pacifistas están muy circunscritos. Hay que pensar que todo ello se debe, precisamente, a la percepción por el ciudadano de la existencia de esta situación de excepción psicológica, a esa falta de fe en la fuerza de sus partidos y de sus sindicatos. El tema de la OTAN, como el del pacifismo, han sido presentados como se hacía muchos años atrás, en tiempos de la guerra fría, y en tiempos del senador McCarthy cazando brujas desde el Senado de los Estados Unidos: como una cuestión provocada por el «oro de Moscú», como movimientos criptocomunistas o de «compañeros de viaje». Es decir, con la argucia de

explicar que el patriotismo está dentro de la OTAN y de una preparación de la guerra, y el antipatriotismo —al servicio del enemigo— en la petición de paz y de neutralidad.

Un anticomunismo sin comunistas

Debían ser movimientos que no tuvieran cabida mental en nuestro país. Entre otras razones porque el comunismo ha hecho la última maniobra contra sus enemigos tradicionales simplemente desapareciendo como partido, como movimiento, como opción revolucionaria y como opción política. Es muy difícil ser anticomunista en un país donde el partido comunista se ha convertido en un montón de harapos agitados por el viento. Sin embargo, hay un empeño considerable en mantener el anticomunismo sin necesidad de que el comunismo exista. Por una parte se traslada su fantasma —aquel que recorría Europa en los tiempos del manifiesto— al modesto, pudoroso y tranquilo partido socialista, como lo hicieron los empresarios andaluces en su famosa campaña. Por otra, se sigue esgrimiendo la acusación de «Rusia es culpable» que pronunció Serrano Súñer en los grandes tiempos de la guerra mundial: culpable del aplastamiento de Polonia, culpable del aplastamiento de Afganistán y culpable de perpetrar otro tipo de agresiones. Entre otras, la de preparar una tremenda guerra contra el mundo. La descripción, por ejemplo, de los ensayos atómicos soviéticos que hizo el 19 de junio el Departamento de Estado, y las continuas alusiones al rearme soviético que hace Reagan, tienden sobre todo a recuperar la imagen soviética como enemigo vivo. No es una realidad absoluta. Si el comunismo desaparece en España, si se atenúa cada vez más en otros países, es precisamente por la noción de que la URSS está en el período más grave de su historia: ha perdido su capacidad de ilustrar a nadie, y parece, sin necesidad de exageración por parte de la propaganda contraria, como un país caduco, envejecido, con una población mal resignada. Cuando Reagan eleva sus ataques y sus preparativos no es, precisamente y como él dice, porque la URSS sea una potencia cada vez más arrogante y cada vez más fuerte, sino porque es cada vez más débil, menos extendida, menos fuerte ideológicamente. Eso sí, su armamento es considerable, y existe la posibilidad de que una situación excepcional de cerco, en un caso de vida o muerte, llegue a emplearlo. Esta es la idea básica que más se discute en el mundo de Occi-

dente, y la que más separa a Europa de los Estados Unidos: Europa —en general— cree que la forma de ayudar al desmoronamiento interno de la URSS y de su cambio de régimen es dejarla agotarse sola; los Estados Unidos —Reagan— que, por el contrario, hay que estimular esa situación con el cerco y la amenaza. Para cumplir una paradoja más, España se incorpora a Europa manteniendo la posición de los Estados Unidos y no la de los países europeos.

El largo tiempo del miedo

Por lo tanto cada intento de que España no entrase en la OTAN —o de que salga de ella—, cada rechazo del rearme, se traduce aquí en acusaciones de prosvietismo. Naturalmente nadie lo cree así; pero nadie ha dejado de tener miedo desde la época de Franco; apenas hubo unos meses de esperanza. El ciudadano percibe perfectamente que UCD, con todos sus secretos de estado encima, se deshace porque la domina el miedo; que los partidos de la izquierda la apuntalan, la sostienen y procuran evitar como pueden ganar unas elecciones anticipadas, porque también tienen miedo. Tiene miedo una gran parte de la Prensa escrita; y de las radios y de la televisión. Cuando el ciudadano, que tiene una finísima sensibilidad para percibir situaciones de las que puede ser la primera víctima, siente ese miedo, actúa en consecuencia; lo recibe, lo comparte. Es un círculo vicioso. Los partidos que tienen miedo se lo contagian al ciudadano; el miedo del ciudadano regresa a los partidos, que se ven privados de las fuerzas de las masas. Y todo se paraliza. El círculo se completa con la natural arrogancia de quienes utilizan ese miedo, y lo aumentan y lo acrecientan, y se inventan más espectros de los que hay para conseguir esa reacción.

Así hemos entrado en la OTAN. Debería dar más miedo que nada esa adscripción a un organismo preparado para una guerra mundial, a ese servicio de plataforma en la retaguardia, que cualquier otra consecuencia. Pero se tiene siempre más miedo a lo próximo que a lo lejano. Sobre todo porque una guerra civil parece mucho más improbable que una situación a la turca, a la argentina, a la chilena o a la polaca. Y así se ha aceptado la LOAPA, la LAU —o sus sucedáneos—, y así se aceptarán los presupuestos del Estado. En este pacto de silencio y resignación. Esperando tiempos mejores, pero con ninguna actividad posible para conquistarlos. ■ J. A.